



Budapestre vonatkozó újságcikkek

Szerző: *Nelken Margarita*

Cím: *Budapest, umbral de Oriente*

Forrás: *El Sol*

Madrid

1922. 12. 11.

(Hely)

(Idő)

(Köt. v. füz.)

Osztályozás

Tárgy

glo. 2

Hely

Idő

"1922"

Személy

Budapest, umbral de Oriente

¡Qué extraña sensación, viniendo de Viena la muerta, el encontrarse aquí con calles llenas de animación, de tráfico y de luces! Cierta es que la corona húngara vale veinticinco veces más que la austriaca; pero el saber esto, si bien nos preparaba a encontrar una ciudad "viva", no nos había preparado al encuentro con Pest, ciudad tan moderna, tan europea y—¿por qué no decir la palabra que sintetizó nuestro primer momento de desencanto?—tan poco pintoresca como cualquier capital occidental. Pues las mujeres, que cruzamos con un pañuelo rojo a la cabeza, anudado casi al modo de España, salvo que aquí les cubre por entero la frente, no bastan para darnos la sensación de "otra parte".

—Vamos pronto a Buda, aconseja el amigo que aquí reside y se perca de nuestro desconsuelo.

Buda, la parte antigua, la ciudad matriz, que con sus palacios, sus iglesias y sus calles empinadas, contempla orgullosamente, desde la otra orilla, los barrios advenedizos de Pest. El puente gigantesco, el paseo serpentiniforme de Hunyady Janos, y hemos subiendo, al trote de dos caballitos pifantes, la colina sobre la cual se asienta lo que pudiera decirse la vida oficial de Budapest: el Palacio Real, jamás ha-

tes de destruir, acentúan nuestra ilusión.

Salimos por una puerta trasera y por unas escaleras de piedra subimos al "Bastei"—el bastión—la galería que simula defender todavía lo que fué antaño la fortaleza de Buda. Ya es casi de noche, y ahora sí que comprendemos la apelación de "segundo Cuerno de Oro".

Tras de nosotros, en primer término el monumento de un héroe a caballo destaca su silueta negra en la plaza ancha, decoración romántica y silenciosa; al fondo, la masa imponente y bizantina de la iglesia recorta sus dos torres—una ancha, sólida, otra ligerísima, inverosímilmente puntiaguda, sobre un cielo de un azul tan pálido que parece auroral. Junto a nosotros, a ambos lados de la galería, las picudas cúpulas de los torreones, con sus ajimeces, aparecen fantasmales en su blancura. A nuestros pies, la mancha oscura del follaje del monte; luego, allá abajo, la cinta de plata del Danubio cortada por los reflejos de oro de las luces de Pest. Y enfrente Pest, con sus mil luces escalonadas a modo de faroles venecianos y la masa negra, imponente, de la Basílica.

Un gemido prolongado, prolongado...; la sirena del barco que sa-

ditado, pero en el cual Francisco osé hizo construir el más suntuoso salón de fiestas de Europa; os ministerios; los palacios de los magnates, y, por fin, la iglesia de San Matías o de la Coronación, en la que han sido coronados todos los reyes de Hunría, desde San Esteban, fundador.

Entramos en ella. Del primitivo edificio del santo monarca, no queda rastro, y por los tártaros o arrasaron en 1242. No nos importa, como tampoco nos importa el magnífico sepulcro—joya del empleo—que guarda los restos de Béla III y de su esposa Ana, y que es un ejemplar incomparable del arte románico. Y tampoco nos importa la historia—¡cuán gloriosa y movida sin embargo!—de las vicisitudes de esta iglesia, en que se halla condensada toda la accidentada historia de Hungría. Lo que nos importa es que aquí estamos, ¡por fin!, lejos, muy lejos de Europa. Puede ponerse a este templo nombre de santoral; siempre es, y es únicamente, lo que los turcos lo hicieron cuando lo transformaron en mezquita de Eski Dsami. La geométrica policromía de los muros y de las columnas, nos habla del Islam con una fuerza que se sobrepone a todos los emblemas cristianos. Y éstos, a su vez, son tan bizantinos—ángeles en mosaicos dorados, cruces pendiendo de lámparas de aros de cobre—, que, an-

le para Belgrado. El barco pasa, inmaterialmente blanco, arrastrando su estela luminosa. Todos los reflejos se mueven a su paso, saludándole; se aleja el gemido de su sirena respondida por la campana grave y penetrante de la Basílica que toca el Angelus. De repente, hacia la izquierda, se enciende un puente que parece surgir así de un golpe de las aguas de plata. Otro, luego, más cerca, y sucesivamente, todos, hasta aquel punto, a la extrema derecha, en que la franja del Danubio se pierde dando la impresión de lo infinito del mar.

Poco a poco, la cinta plateada se oscurece, cortada más crudamente por los reflejos que en ella bañan. El cielo semeja ahora la inmensidad profunda y estrellada de una bóveda bizantina. Y, junto a nosotros, hácenos olvidarnos mágicamente de la época, la arquitectura exótica y feudal de los torreones blancos y las balaustradas blancas del Bastei...

En el hotel, la muchacha del guardarropa inclinase profundamente para besarnos rendidamente la mano, y en el comedor, los violines diseminados por entre las mesas, tocan, acompañados por dos timbalones enormes situados a la entrada, aires húngaros muy lánguidos y muy fogosos para unas inglesas que lucen perlas como avellanas sobre sus descotes arrugados, y para unos levantinos correctamente vestidos de "smocking", pero que acaban de quitarse sus altos gorros de astracán.

Margarita NELKEN

Budapest-Gellertszalló, noviembre.